

de esta pistola hasta que una mano me lanzara por los aires! ¡Oh indecision! ¡Cuán léjos llevas á los hombres! Para salir de este malestar y de esta vacilacion debí huir. La tierra me pareció que se tambaleaba bajo mis piés, tan inciertos eran mis pasos. Con mi presencia he atormentado á cuantas personas se interesaban por mí, porque no pudieron auxiliarme. En todas partes pesa una maldicion sobre mí. Todo lo he sido; hasta fuí albañil para ser algo. Habité en los Alpes, apacenté rebaños, permanecí día y noche bajo la infinita bóveda del cielo, helado por los vientos y abrasado en mi interior. En ninguna parte encontré tranquilidad, en ninguna parte hallé reposo. ¡Ved! por eso reboso de salud y de fuerza y no puedo gastarme. Quiero hacer la campaña como voluntario: así podrá ensancharse mi alma, y ¡ojalá me preste el servicio de matarme!»

Federico Schiller se consideraba y reconocia discípulo de aquel poeta; hacia tiempo que aquel genio impetuoso se habia vuelto hombre serio, y el bardo errante habia llegado á ser un respetable general ruso, cuando Schiller, en 1803, escribió á su cuñado diciéndole: «Dí al general Klinger cuánto le aprecio: es de aquellos que primero y con mas fuerza influyeron hace veinticinco años en mi genio: estas impresiones de la juventud son indelebles.»

La estrella que presidió la juventud de Schiller no fué igual al brillante y benéfico genio que acompañó al joven Goethe, pero tampoco fué tan funesta como creen aquellos que de las exageradas composiciones tituladas: «Espíritu de la naturaleza y de la libertad» y «Los bandidos,» deducen que la escuela de Cárlos de Wurtemberg era una galera y que Schiller era el mas atormentado de todos los galeotes. «¿Qué quiere esa juventud, preguntaba Goethe, con su espíritu guerrero de independencia despertado por las hazañas de Federico? ¿Qué direccion debe tomar y qué influencia debe ejercer? En un principio, todo era forma poética, y ahora los cantos de los bardos, tan censurados y tachados de ridículos, se aumentan de día en día con ese impulso y esas tendencias; no hay enemigos interiores que combatir, y se fingen tiranos, y por eso los príncipes y sus servidores tienen que hacer el papel y tomar las formas de tales, primero en general y luego poco á poco en particular (1).» ¡Cuántos tiranos de estos mataba Voss con el pensamiento en las excursiones que con su amiga, la muerte, hacia en las noches de luna desde Göttinga á Wehnde y de Wehnde á Göttinga, y cuán justamente apreciaba la madre de Goethe el odio fanático que á los tiranos profesaban los dos condes de Stolberg, al servirles, en forma del mejor vino del Rhin de su bodega, la verdadera «sangre de los tiranos,» única que podía derramarse y beberse! Tan desconocido como las amadas que aquellos jóvenes cantaban era el tirano á quien habian jurado odiar y matar. No era un sér real y verdadero, sino todo el edificio de lo existente, en el cual los jóvenes adeptos de Rousseau veian un conjunto absurdo y caprichoso de injusticia, despotismo y artificio. El tirano eran las reglas que sujetaban el genio poético, la preocupacion que detenía el vuelo de la inteligencia, la ley que despreciaba y maltrataba los derechos del corazón, la pedantería que dominaba en las costumbres, en una palabra, la presion general de una organizacion del Estado y de la sociedad, recomendada tan solo por el hecho de existir y que se condenaba á sí misma desde el momento en que no podía dar ocupacion á los talentos ni formar hombres de genio ni menos sufrirlos. Esto originó las tempestades y las presiones de aquellos que, como Goethe y los condes Stolberg, ninguna queja podian producir contra presion alguna personal y que no podian

(1) *Poesía y verdad*, III, pág. 12.

presumir lo que significaba propiamente la tiranía á los ojos de personas menos ilustradas.

Es cierto que en la academia militar del príncipe Cárlos Eugenio de Wurtemberg, en donde fué admitido Federico Schiller en 17 de enero de 1773, «cuando contaba trece años de edad y tenia cinco piés de estatura,» regia una disciplina severísima y se daba una alimentacion sobrada escasa. Además, con horror leemos en una lista de castigos fechada en 21 de noviembre de 1773: «Al alumno Schiller, doce palos por haber tomado á crédito seis sueldos de pan (2).» Tambien es cierto que algunas de las grandes ventajas que despues ofreció la Escuela de Cárlos y que compensaban largamente la rigidez de la disciplina, no alcanzaron á Schiller, porque el director de aquel notable establecimiento, al hacerse cargo de él, no conocia aun con claridad su objeto ni los medios con que podia contar para realizarlo, y solo adquirió este conocimiento á fuerza de experimentos que le sirvieron de mucho pero que fueron muy molestos para sus «hijos,» los cuales raras veces comprendian su necesidad. Tambien puede decirse que aquel antagonismo entre la enseñanza verdaderamente liberal que allí se daba y el servicio mecánico de las maniobras militares, que sujetaba la vida de los jóvenes, contribuyó poderosamente á aumentar, en una naturaleza como la de Schiller, la firmeza de su insubordinacion interna y de su extraordinario deseo de libertad, cualidades que tenia de comun con toda su generacion. Pero no hay que exagerar estos hechos, como los han exagerado algunos, ni desconocer las inapreciables ventajas que para su porvenir ofrecieron á Schiller los ocho años de permanencia en la academia, que no le hubieran podido ofrecer ni el instituto de Tubinga ni las demás escuelas superiores de aquella época.

El duque Cárlos era un excelente pedagogo, dotado de inteligencia no comun y animado de verdadero entusiasmo por la empresa que llevaba á cabo. Gustábale que así se lo dijieran sus discípulos, y cuando lo hizo el alumno Schiller, empleó el tono de pasion que le era propio y fuertes palabras, de modo que el duque no le pudo tolerar. Pero á pesar de la exageracion infantil, lo que dijo Schiller no perdió nada de su exactitud, y nadie puede poner en duda la sinceridad de la accion de gracias con que Schiller comenzó en 30 de noviembre de 1780 su obra «Sobre la conexión que existe entre la naturaleza animal y la naturaleza moral del hombre (3).» Lo que allí se decía de la «sabia y excelente institucion fundada por el duque para ilustrar nuestra inteligencia y refinar nuestros sentimientos;» de los «dignos y sabios preceptores que escogió entre los eruditos, haciéndolos instrumentos del grande é imperecedero plan de educacion;» de la «inolvidable enseñanza oral de un príncipe que cifraba toda su grandeza en ser un maestro entre sus discípulos, y un padre entre sus hijos, todo era rigurosamente exacto y como tal se reconocia por todos los alumnos leales de la academia. La severa disciplina y la extremada vigilancia, á que tan difícilmente se acostumbró Schiller, arrancaban de fundamentos muy dignos de ser tenidos en cuenta.

El «Emilio,» de Rousseau, habia animado al duque Cárlos á hacer de la educacion de la juventud la mas noble mision de su vida: ahora bien, compárese lo que falta en el sistema de enseñanza y de educacion del «Emilio» (4) con lo que era objeto de principal atencion en la escuela de

(2) Julio Klaiber: *Schiller en la soledad, 1773-1775*. Impreso como manuscrito.

(3) Goedeke: *Coleccion de obras de Schiller, I*, Ensayos de la juventud. Stuttgart, 1867, pág. 139.

(4) F. II.

Cárlos, y se verá en el fundador y director de esta al pedagogo entendido, á la inteligencia independiente, que desdén la fraseología y se atiene á los hechos. Una enseñanza sin trabajo, una educacion sin deberes eran en definitiva la sabiduría de Rousseau. En cambio, el duque Cárlos fundaba todo su plan pedagógico en el amor al trabajo y en la costumbre de trabajar. Sus teorías eran que el joven debe acostumbrarse á trabajar, cuanto antes mejor: el que le oblige á ello, será su mayor bienhechor (1); y debe acostumbrarse al trabajo no solo porque de esta suerte adquiere los conocimientos que son indispensables para su ulterior progreso, sino porque el trabajo es el resumen de todos los impulsos morales que ennoblecen el carácter del hombre y aparta á la juventud de las malas sendas. La severa vigilancia á que estaban sujetos todos los actos de los alumnos tenia por principal objeto alejarles de la ociosidad y mantenerles en un trabajo constante y especialmente en un oportuno estudio individual, cuya importancia ningun establecimiento de enseñanza habia reconocido tan bien como este.

Al ser trasladada, en 18 de noviembre de 1775, la «Academia militar» (2), desde las soledades de Luisburgo á Stuttgart, adquirió mas el carácter de escuela superior, no solo de todas las ciencias, á excepcion de la teología, sino tambien de todas las artes, inclusa la preparacion para ellas y las asignaturas auxiliares. En la invitacion para la fiesta del 11 de febrero de 1782 se señalaban como asignaturas objeto de enseñanza: «Fuera de la teología, todo lo que es útil y humano saber: ciencia del derecho, medicina, economía política, política, ciencia forestal, ciencia mercantil, la filosofía en toda su amplitud; el griego y el latín; las lenguas vivas alemana, francesa, inglesa, italiana y rusa; y de artes la música, el dibujo, la pintura, la escultura, el baile, la equitacion, la esgrima, etc. (3).» Si importante era aquella rica y completa institucion bajo el punto de vista de las profesiones especiales, mas lo era si se tenia en cuenta el antagonismo que existia entre la disciplina que allí regia y la enseñanza que allí se daba, libre de todo espíritu escolástico y mezquino y en la cual dominaba lo que el sabio profesor de la Academia, el filósofo Abel, llamaba «filosofía de la sana razon para formar el gusto, el corazón y la inteligencia.» Esa nueva ciencia, que por su método y por el objeto se llamaba orgullosamente ciencia de la *ilustracion*, podia adquirirse de un modo tan superficial como la antigua, que era menos fundamental de lo que queria aparentar; pero cuando emprendia su estudio un hombre dotado de talento y aplicado, producía los brillantes resultados que en Schiller podemos admirar. Cuando en 1775 el duque creó la nueva facultad de medicina, Schiller, que hasta entonces habia estudiado sin aficion el derecho, fué de los primeros que se matricularon en ella, y del provecho con que la estudió son buena prueba el notable trabajo que en 1779 escribió con el título de: *Filosofía de la fisiología* (4), y las palabras que despues dirigió al duque en la dedicatoria de su disertacion: «Un médico cuyo horizonte se extiende únicamente al conocimiento histórico de la máquina, que solo conozca terminológica y tópicamente las piezas del aparato animado, puede quizás hacer milagros junto á la cama del enfermo y ser divinizado por el vulgo; pero vuestra alteza ducal ha sacado el arte hipocrático de la reducida esfera de una ciencia mecánica que se cultiva para vivir,

elevándola á la categoría de doctrina filosófica. La filosofía y la medicina viven en la mayor armonía: la una da á la otra su riqueza y sus luces y recibe en cambio de ella su interés, su dignidad y sus atractivos (5).» Esta disertacion revela en su autor, que entonces contaba veintinueve años, tal riqueza de conocimientos y tanta maestría en la apreciacion de su valor que involuntariamente se siente uno presa de admiracion.

El título de la obra: «Conexión que existe entre la naturaleza animal y la naturaleza moral del hombre,» ha dado origen á algunos errores. El pensamiento que la informa es la oposicion al materialismo, y las doctrinas de Rousseau sobre la naturaleza del hombre están literalmente reproducidas en sus primeras páginas. El instinto animal del hombre obliga á su espíritu á dominar y explotar la naturaleza: «Con el mismo fuego en que el hombre de la naturaleza asaba sus peces, descubre Boerhaave despues la composicion de los cuerpos; el cuchillo con que el hombre primitivo degollaba la caza en el bosque, sirve á Lionet para descubrir los nervios de los insectos; con el mismo compás con que en un principio solo se median porciones de terreno, midió Newton el cielo y la tierra. De esta suerte el cuerpo obligó al espíritu á fijar su atencion en las cosas que le rodeaban; de esta suerte le hizo comprender lo interesante é importante del mundo porque lo necesitaba indispensablemente. Convirtamos las necesidades en lujo y ¡qué extenso campo se extiende ante nuestros ojos! Las venas de la tierra serán minadas; el fondo del mar será reconocido; el comercio y el tráfico florecerán. El Oriente admirará al Occidente, y este á aquel; los productos del extranjero se aclimatarán bajo un cielo artificial, y el arte de la jardinería reunirá en un jardin las plantas de tres partes del mundo; las artes imitarán las obras de la naturaleza; la belleza y la armonía ennoblecen las costumbres y los gustos, y el arte tenderá á la ciencia y á la virtud. El Estado utilizará á los ciudadanos para las comodidades y necesidades de la vida: el trabajo dará al Estado, en el interior y en el exterior, la seguridad y la tranquilidad que garantizan al pensador y al artista aquella ociosidad provechosa que convirtió la época de Augusto en una verdadera edad de oro. Las artes tomarán un atrevido y no dificultado vuelo; las ciencias adquirirán luces claras y puras; la historia natural y la física destruirán las preocupaciones; la historia nos ofrecerá el ejemplo del pasado y la filosofía se reirá de la locura de los hombres. Pero cuando el lujo se convierte en molición y afeminación, comienza á penetrar hasta la médula de los huesos y se extiende el contagio y apesta la atmósfera, entonces el hombre pasa de un reino de la naturaleza á otro para encontrar remedios que mitiguen sus males, y encuentra la corteza divina de la China, perfora las entrañas de la tierra para buscar el poderoso agente llamado mercurio y extrae el precioso jugo de las papaveráceas orientales. Los mas recónditos rincones de la tierra son registrados, la química descompone los productos en sus últimos elementos y se crea mundos propios; la alquimia enriquece la historia natural; la mirada microscópica de un Swammerdam roba á la naturaleza sus mas secretos procedimientos. El hombre va todavía mas allá: la necesidad y la curiosidad le hacen atravesar las fronteras de la preocupacion, y empuñando el bisturí descubre la obra maestra de la creacion: el hombre. De esta suerte las circunstancias mas funestas le ayudan á conseguir los mas grandes resultados. La peste formó nuestros Hipócrates y Sydenham, como la guerra engendra generales, y á una peste asoladora debemos una reforma total en los procedimientos medicinales (6).»

(5) *Obras completas*, I, págs. 139-140.

(6) *Obras completas*, I, págs. 155-157.

(1) Julio Klaiber: *La enseñanza en las aulas de la escuela de Cárlos en Stuttgart. Programa del real Gimnasio de Stuttgart*, 1873, pág. 25.

(2) Esta Academia recibió el nombre de «Escuela superior de Cárlos» cuando en 22 de diciembre de 1781 fué elevada por José II á la categoría de universidad.

(3) Klaiber, obra citada, pág. 18.

(4) *Obras completas*, I, págs. 74-93.



Como se vé, no era esclava de la preocupacion ni exclusiva la ciencia que aprendió Schiller; la esfera que se apropió no era estrecha ni limitada; y libre de las supersticiones así de la antigua como de la nueva escuela era la mirada con que supo ver cómo la humanidad se habia elevado desde la existencia animal hasta la existencia moral. En la demostracion que hace de la conexión que entre ambas esferas existe, se descubre al precoz fisiólogo profundo y al dramático por naturaleza. Preciso era que aquel jóven hubiera tenido oca-

sion, en la escuela de Cárlos, de observar á muchas y muy especiales personas, de sorprender sus secretos y de penetrar hasta el fondo de su corazon, para hablar con tanta seguridad del alma que se refleja en el semblante, forma los cuerpos y les presta una fisonomía que una vez fijada es tan difícil de cambiar como el alma misma (1). Pinta tan fielmente el poder que los afectos, los movimientos del alma ejercen en el exterior del hombre, que desde luego se descubre la mirada del dramático que abarca á la vez el cuerpo y



El duque Cárlos Eugenio de Wurtemberg

el alma. Por esto dice: «El heroismo y la intrepidez despararman la vida y la fuerza por venas y músculos; los ojos despiden fuego; el pecho se eleva; todos los miembros se aprestan por igual para la lucha: el hombre tiene el aspecto del caballo. En cambio el temor y el miedo extinguen el fuego de los ojos; los miembros se mueven con dificultad y sin fuerza; la médula parece haberse enfriado en los huesos; la sangre oprime el corazon, y una impotencia general debilita los instrumentos de la vida. Un pensamiento grande, atrevido y elevado nos obliga á apoyarnos en la punta de los piés, á levantar la cabeza y á abrir mas la nariz y la boca. El sentimiento de lo infinito, la vista de un ancho horizonte, el mar y otras cosas parecidas nos hacen extender los brazos como

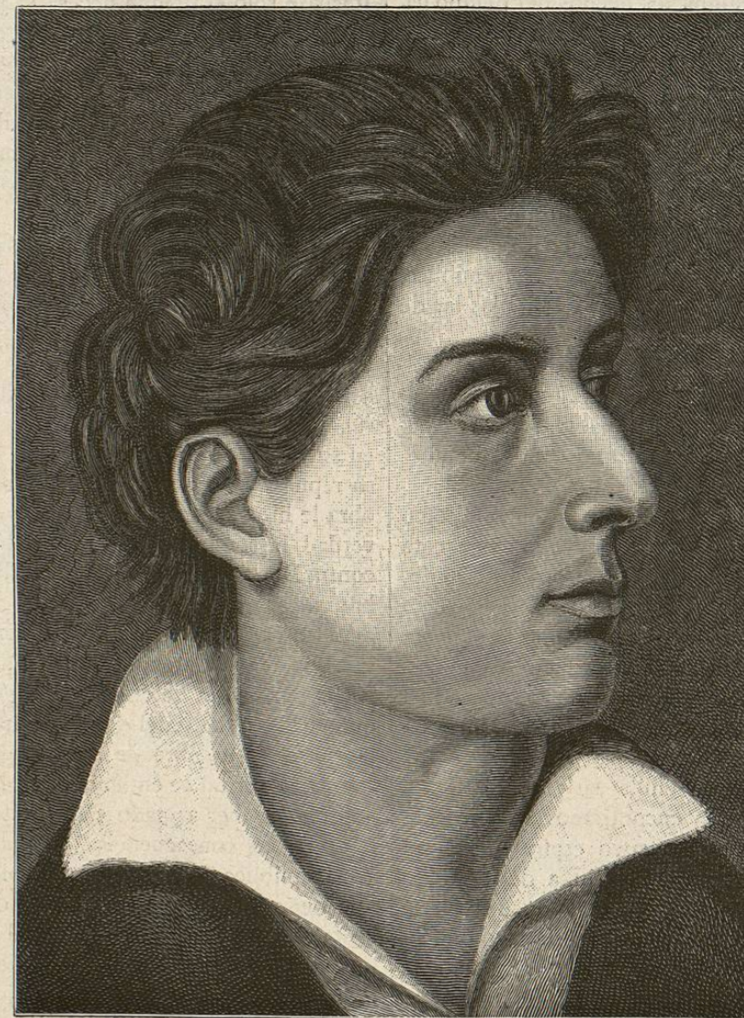
si quisiéramos volar hácia lo infinito; con los montes queremos crecer hasta el cielo; queremos volar con la tempestad y pasar rápidamente con las olas; los profundos abismos nos causan vertiginosos deseos de precipitarnos; el odio se manifiesta en los cuerpos por una fuerza de repulsion, y al con-

(1) «Un alma poco activa y débil que no se desborda con la desgracia, no tiene apenas fisonomía, ó por lo menos, la falta de apasionamiento constituye la fisonomía del tonto. En ella los rasgos fundamentales que la naturaleza inicia en él y que la nutrición completa duran eternamente: el rostro es liso porque el alma no se ha reflejado en él; las cejas forman un arco perfecto, porque ningun afecto intenso las ha descompuesto; el semblante conserva su redondez, porque la grasa permanece sin movimiento en sus células; el rostro es regular y hasta bello, pero le falta el alma.» *Obras completas*, I, pág. 171.

trario, la armonía de las almas se expresa en el apretón de manos ó en el abrazo que damos al amigo, etc. (1).» La relacion entre el fisiólogo y el dramático habia llegado á ser tal que el primero prestó al segundo una escena completa del drama no representado todavia y titulado: *Los bandidos* (acto 5.º, escena 1.ª), y la reprodujo como una cita de una supuesta *Life of Moor Tragedy by Krake*, A. V, Sc. 1, confiando en el testimonio literario del público (2).

El temprano conocimiento de la escena, el modo como se familiarizó con la eficacia del drama, con la poesía dramática y con el arte dramático, son otras tantas inapreciables venta-

jas que debió á la escuela de Cárlos. Cuando en 1780 terminó sus estudios médicos, los discípulos de la escuela que se habian dedicado á la escena pudieron representar piezas alemanas en vez de las operetas francesas que hasta entonces se habian representado con auxilio de las educandas de la «Escuela de señoritas» (3). Para la fiesta del día 11 de febrero de 1780, cumpleaños del duque, Schiller, á quien la lectura de las obras de Lessing, Goethe, Shakspeare, Klinger y Leisewitz habia decidido á dedicarse á la escena, escogió el *Claviso*, de Goethe, haciendo con el papel de protagonista su primer ensayo como actor, ensayo que no



Schiller

obtuvo feliz éxito. En el mismo año terminó, al propio tiempo que su disertacion, el primer original de sus *Bandidos*, y por los escritos que publicó sobre este drama venimos en conocimiento de cuán á fondo se familiarizó con los rasgos fundamentales que ponen el drama, aun prescindiendo de la encarnacion teatral, por encima de todos los géneros de poesía sentimental y didáctica. Nos «describe sus personajes como si los estudiáramos viendo,» «nos pinta las pasiones y los mas secretos movimientos del corazon en las propias manifestaciones de las personas;» «nos descubre el alma en sus mas recónditas operaciones» en todo aquello que puede obtener el «verdadero espíritu de la comedia,» «el verdadero genio del drama,» cosa que no encontramos en la dramática francesa, cuyos hombres son casi siempre «frios espectadores de su

furor ó ancianos y prudentes profesores de su pasion (4).» El autor dramático debe ser el «pintor de los hombres» y la escena, en su acepcion mas noble, «un espejo de la vida humana, en el cual se reflejen los mas secretos movimientos del corazon, y se hagan visibles aun á los ojos menos perspicaces todas las evoluciones de la virtud y del vicio, todas las mas desordenadas intrigas de la felicidad, toda la notable economía de la prevision, del cuidado y solicitud que á menudo son invisibles en la vida real, en la cual ese conjunto es concebido en formas y fases pequeñas que pasan inadvertidas á los ojos del vulgo.

Sus primeros cuadros dramáticos se desenvuelven en la esfera sentimental que trazó Goethe con su *Götz* y su *Werther*; su bandido Moor es un *Götz* salvaje y titánico; su Luisa Mi-

(3) E. Boa: *Juventud de Schiller*. Hanover, 1866, I, pág. 191.

(4) Primer preámbulo de *Los Bandidos*. *Obras completas*, tomo II, págs. 4-5.

(1) *Obras completas*, I, pág. 170.

(2) Pág. 161.